

nos encontrábamos juntos los siete, y todos mirá-
mos á Sicilia con leve sentimiento de tristeza. Boc-
cetti se pasaba el pañuelo por los ojos fingiendo que
lloraba la ausencia de la condesa número noventa y
nueve; el pianista enviaba un adiós al afortunado cie-
lo que había oído durante cinco meses sus divinas ar-
monías; Maglietti saludaba con dolor aquellas mura-
llas, dentro de las cuales había hecho tantos nobles
esfuerzos por realizar "sérias economías;" y áun el
bueno de Mazzoni contemplaba, con cierta dulce
melancolía, la ciudad donde tanto había devorado,
tanto bebido y hecho alegrar tanto el alma de los
amigos.

Solo Cavagnetti, que dos días antes había perdido
sesenta y cinco pesetas al juego, estaba aparte, apoya-
do en la borda, más bien enojado que triste.

—¿Qué tienes, Cavagnetti?—le pregunté acercán-
dome.—¿Piensas con tristeza en tu Sicilia?

—¡¡Qué!—me respondió, continuando con los
ojos fijos en la ciudad:—pienso con tristeza en los
sesenta y cinco *cíclopes* que allí he perdido...

Luego volvió en sí, encendió su cigarro con una
antorcha de ocho cerillas, tomó su aire acostumbrado
de millonario, y se puso á pasear dando zancadas so-
bre el barco que hendía majestuosamente las olas,
cargado de armas y de esperanzas.



UN ENCUENTRO



ARO ***

Voy á explicarte la causa del *sin-
gular aspecto* en que me viste días ha-
ce, cuando nos encontramos en la es-
tacion de A*.

No contaré una aventura, y si lo es, es de diversa
especie que las acostumbradas; más bien consiste en
un sentimiento que en un hecho.

¿Recuerdas en la *Soirée perdue* de Musset, aquella
graciosa figura que vista en el teatro, se pierde luego
á la salida? Lo que voy á contarte es algo semejante.

En la mañana de aquel mismo día, saliendo de
T***, entré por casualidad en un coche donde no
había más que una señora sentada al lado opuesto de
la entrada y mirando hácia allá. Al oirme entrar, se
volvió, miró y volvió á su primera posición. Era una

señora como de cuarenta años, pálida, delgada, de fisonomía un poco trabajada, y vestida con aquel aristocrático descuido que revela la costumbre más que el estudio de la elegancia. Partió el tren sin que nadie más entrase.

Esperaba yo que se volviese para fijarme mejor, hizo un movimiento con la mano para arreglarse el pelo, que en el primer momento me impresionó, y que luego despertó en mí lejana reminiscencia junto con cierto sentimiento de grata sorpresa. Llevaba un baston entre las manos, le dejé caer, y ella se volvió; pude ver su cara, y el corazón me dió un salto.

No me había engañado, era ella. Advirtiéndome que yo la conocía, de cuando en cuando volvía la cabeza y miraba, esperando que yo le dirigiera la palabra; de esta suerte pude verla bien y acabar de reconocerla.

¡Dios del cielo! Jamás hubiera creído que una cara de mujer pudiera en tan breve tiempo cambiar de tal modo. Verdad es que hacía catorce años que no la había visto, y por entonces—me acuerdo bien—tenía veinte años á lo sumo, estaba fresca, rozagante, espléndida; era una de las más hermosas señoras de la pequeña ciudad de G***, donde vivía yo también; ahora, con poco más de treinta años de edad, parecía, no que han pasado catorce, sino otros treinta. Más que por sus lineamentos, costaba trabajo reconocerla por la expresión dulce y triste á la vez de su mirada, que hacía presentir una desgraciada vida, y constituía

juntamente su atractivo más poderoso. Su fisonomía estaba muerta, tenía alguna que otra arruga en la frente, canas en las sienes y las manos descarnadas y de color de cera. ¿Qué había ocurrido en aquella existencia? Yo no lo sabía, y no lo sé todavía sino muy confusamente.

Antes de los diez y ocho años se había quedado viuda, y dos años más tarde volvió á casarse. Precisamente en aquel tiempo, cuando le hacía la corte el que luego fué su segundo marido, entonces fué cuando yo la conocí—nada más que de vista, y de lejos.

Supe después que su segundo marido era hombre desordenado y violento, y que ella llevaba una vida angustiosa, pero sin llegar á pensar que sus dolores pudieran trasfigurar su cara de aquella manera.

Ahora, sobre su fisonomía se leía bien, larga historia de desengaños, de sacrificios y de torturas. Paz, belleza, juventud, todo había desaparecido. Habían sido catorce años de destrucción. Le quedaba solamente lo que no puede perderse, la gracia, y la tranquila y suave dignidad que dá la vida honrada, la resignación y el hábito de nobles sentimientos.

Pasada la primera impresión de sorpresa y de pena, todo debiera haber concluido. Pero no, mediaba una razón que me hacía sentir con más amargura su cambio, y que despertaba en mi alma vivísimo sentimiento de piedad y de generosa solicitud, algo, que no sé cómo llamar; que me impulsaba á cubrir de

besos aquella pobre y descarnada mano. Deseaba que un asesino asaltase nuestro coche, y que al defenderla, saliese herido—no en el pecho,—en un brazo ó en una mano, por ejemplo, para poder decir que había vertido mi sangre por ella. Me era imposible separar de ella los ojos. Cuando su mirada se encontraba con la mía tenía que esforzarme para no pronunciar su nombre. No podía con la inquietud, necesitaba hablarle y no me atrevía.

Ella no pudo ménos de apercibirse de mi inquietud y se puso sobresaltada. ¿Cómo permanecer en silencio más tiempo? Cuando ménos debía justificar mi actitud, tomé ánimos y le pregunté con timidez:

—Perdone... ¿Es Vd. la señora de***? pronunciando el nombre de su segundo marido.

Mi timidez, y el ver que conocía el nombre de su segundo marido, la tranquilizó por completo. Contestó que sí, mirándome con suma curiosidad.

—Se lo he preguntado—añadí,—porque no estaba seguro... Hace catorce años que no tenía la fortuna de verla.

Se puso encendida, pensando seguramente en el cambio que había sufrido, y se quedó mirándome atentamente y tuvo al fin que decirme que no sabía quién era.

—No me extraña que no se acuerde ni aún de haberme visto. Nunca he tenido el honor de hablar con Vd. La conocía de vista, en la ciudad de G... el año de 1860. Yo tenía entonces catorce años, todavía iba

al Instituto. Vd. era viuda. Su casa tenía la puerta á la calle de los Olmos. Vd., sin embargo, entraba por la puertecita de la calle inmediata. Todas las noches iba Vd. al teatro, la platea número nueve de la derecha. Vestía muy á menudo un vestido de seda color de lila. La noche del primer día del año, se le cayó á Vd. un brazaletes al patio. Su abanico de Vd. era de marfil y tenía la costumbre de poner la mano derecha fuera del antepecho...

La señora se quedó sorprendida, estuvo pensando un momento y luego exclamó:

—¡Verdad! ¿Pero cómo es posible que se acuerde de todas estas cosas?

—¿Quiéreme Vd. que se lo diga francamente?

—Sí, dígalo,—respondió mirándome con extrañeza.

—¿Me prometo, ante todo, pensar que cualquiera cosa que yo le diga, corresponde escrupulosamente con el profundo respeto debido á una señora como usted?

Después de un momento de estupor, me contestó titubeando:

—No podré dudarle. ¿Pero de qué se trata?

—Animo, es preciso decirlo. Vd. ha sido la primera mujer á quien he amado en el mundo.—Ya está dicho.

Se puso como la grana, se echó á reír, y después de mirarme con fijeza, replicó:

—No es posible.

—¿No es posible?— ¡Es tan posible! Como que es tan verdad como el sol, querida señora. Tenga la bondad de escucharme. Me acuerdo de todo como si fuera ayer.

La ví á Vd., por primera vez, en el teatro; hice que mi padre me abonara, únicamente para verla, para lo cual me ponía todas las noches en la última silla de la fila frente á su palco. Primero no fué más que simpatía, no lo sé, admiración quizá. Luego, poco á poco fué encendiéndose el corazón y la cabeza... Perdóneme, señora, si me expreso en estos términos; no sabría explicarme de otra manera... En suma, acabé por enamorarme de Vd. perdidamente... Le juro que digo la verdad... Y no es posible que imagine á qué punto llegó. El que me hubiera obligado á faltar una noche al teatro, hubiera causado mi desesperación. Me pasaba media hora mirándola inmóvil, clavado, petrificado, hubieran podido fotografiarme cien veces. Me extraña mucho que jamás se haya usted apercebido, otros muchos lo advirtieron. Pobrecillo de mí, ¡si viera Vd. lo que sufría! Lo tomará Vd. á risa. Cuando entraba Vd. en el palco, el ruido que hacía su vestido me parecía fuese un gran rumor que hiciera volver los ojos á todo el teatro para fijarse en mí y me moría de vergüenza. Ni un movimiento de su cabeza, ni una contracción de su rostro, de sus labios, de la mano que tenía siempre fuera del palco perdía. Cuando volvía Vd. la vista hacía mi fila una oleada de sangre inundaba mi cabeza. Pare-

cen cosas increíbles. Si Vd. supiera las palabras apasionadas que para mis adentros le dirigía, mirándola, cuando tocaba la orquesta! ¡Cuántas veces he deseado que se quemara el teatro para correr á salvarla! Ardía en celos por los oficiales que pasaban bajo su palco y casi con la punta del kepis tocaban su abanico. Hubiera abofeteado á todos los que iban á visitarla. Una noche silbé á un tenor que Vd. había mirado con los gemelos...

La señora sonreía y se interesaba en mi relato.

—En fin, mis noches eran continua sucesión de celos, emociones y saltos del corazón, á que correspondían en el día siguiente otros secretos despropósitos gramaticales en mi lección de latín. ¿Comprende Vd. señora? Y entre tantos admiradores como la rodeaban, ni siquiera pasó por la mente de Vd. que el más ardiente de todos fuese un pobre estudiantillo de instituto que no debía tener la fortuna de dirigirle la palabra sino catorce años después.

La señora que durante mi exposición unas veces se había reído, otras se había puesto roja como la amapola, frunciendo el entrecejo alguna que otra vez, en cuanto terminé, rió con todas sus fuerzas, cubriéndose la cara con el abanico. Finalmente me dijo con viva curiosidad:

—¿Pero es posible, dice usted todo eso con seriedad?

—Sin duda—reliqué.—Aún debo decirle algo más. ¿Me lo consiente?... ¡Qué quiere!.. tengo su-

mo placer en recordar aquel tiempo que fué el más tempestuoso de mi adolescencia.

Mi interlocutora hizo un ademán afirmativo.

—A tal extremo había llegado el asunto, que cuando en mi casa oía pronunciar su nombre, huía á otra habitación encendido como una granada. Estudiábamos juntos mi hermano mayor y yo; de cuando en cuando me decía:—¿Vas á concluir de una vez con los suspiros? pareces un enamorado á lo Metastasio.— Ya no podía estudiar más, estaba distraído. Oí una noche á mi padre hablando de mí con mi madre, que le preguntaba:—¿No has notado, de algún tiempo á esta parte, cambio en sus maneras?—Otro suceso aún más curioso: el profesor de gramática italiana nos encargó una composición de tema libre; yo elegí *el enamorado*; y escribí tal embrollo de conceptos, que hice reír á toda la clase y me cubrí de vergüenza. Figúrese que entre otras frases, recuerdo que había esta: *La cabeza del enamorado es una urna de lágrimas y suspiros...* Llegué hasta ponerme colorado cuando pasaba por delante de su casa de Vd., cuando encontraba á las señoras de quienes solía acompañarse, cuando escuchaba pronunciar alguna palabra que recordase su nombre de usted.

Aquí tomé respiro y proseguí.

—Verla aparecer por el extremo de una calle, y echarse á temblar mis piernas, era todo uno; si podía huir, huía por otra calle, y cuando no, me metía en una tienda; y si ni aun esto podía hacer, me volvía

hacia atrás. Era un verdadero terror. Todas las noches iba á encender más mi pasión en el teatro, y peor que peor. Hasta pasó por mi mente dirigirle una carta, escribirle alguna cosa con carbon en las paredes de la escalera, arrojarle un ramo de flores desde mi tejado, disfrazarme é ir á llevar leña á su casa. Permítame que se lo diga todo. Debe Vd. estar muy reconocida, porque varias noches, volviendo del teatro conmovido, exaltado, casi fuera de mí y sin saber cómo desfogarme, oré por Vd. con un fervor que... si hubiera puesto nada más que la mitad en prepararme para los exámenes, seguramente no me hubieran *suspendido*.

La señora, sonriendo y cubriéndose la cara con el abanico, me dijo:

—¡Y yo sin apercibirme de nada! ¡Es extraño!... ¡Pero es cierto todo?...—y sosteniendo la sonrisa me preguntó con curiosidad quizá más comedida y más seria:—¿Y despues?

—Despues—seguí diciendo...—vino lo peor. A fines de carnaval comenzó á frecuentar su palco el que luego fué su marido. ¿Quiere Vd. creerlo? Aun ahora mismo, despues de tantos años, siento inmensa compasión hacia mí cuando pienso en lo que sufrí aquellos días. La primera vez que oí decir á mi alrededor en el teatro:—¡Eh, parece que se aprieta el nudo! ¡Se dice que es un matrimonio concertado! etc...—créame, á pesar de no ser más que un chiquillo, sentí que se me helaba la

sangre. Cada sonrisa, cada palabra en voz baja que cambiaban Vds. entre sí, era una saeta para mi corazón. ¿Qué se yo? me parecía una traición. A usted todo se lo perdonaba... á él... es preciso que llegue á decir toda la verdad... le odiaba con toda mi alma. Le veía en todas partes. Soñaba con él, era mi fatalidad. Quise desafiarme, le miraba de reojo. Un día en la calle lo advirtió, sin comprender el por qué, naturalmente, y se detuvo á mirarme; yo, bajé la vista y seguí adelante.

La señora tomó otra postura, se acomodó bien en ella, y siguió escuchándome con atención.

—Corrió al fin la voz de que el casamiento estaba próximo. No puede formarse idea de lo que por mí pasó: me hallaba desolado. Pensé ir á una ventana de la calle por donde debían pasar Vds., y dejar caer sobre la cabeza de él una gran piedra. Projecté ir á echarme á sus piés y suplicarla por amor de Dios que no se casase, si no quería verme muerto. Pasó por mi mente hacerme fraile, huir á Suiza, llegar á ser uno de aquellos terribles héroes de novela, de cara marmórea y perpétua sonrisa metafísica en los labios. ¡Adios latin! ¡Adios estudios! Todo el día lo pasaba en el pátio de mi casa, martirizando á las lagartijas y á los gusanos; un día me corté en una mano con las tijeras de intento, y... poco faltó para que no me desmayara viendo brotar la sangre.

Mi compañera de viaje sonreía.

Otra noche robé una botella de vino y me emborraché como un mozo de cuerda, y me metí en un cuarto de trastos viejos, allí en la oscuridad... Llegó por fin el día terrible... Por la noche la música de la milicia tocó debajo de las ventanas de la casa de Vd. Se oía desde la mía. Estaba postrado, lleno de angustia y de desesperación. Me ocurrió suicidarme. Bajé al jardín con la cuerda y me acerqué al... árbol... pero me faltó el valor. Me eché á llorar, me tiré en el suelo, y así estuve toda la noche, solo, en la oscuridad, acurrucado á lo perro, con la cuerda entre las manos, pensando en Vd., y llamándola de cuando en cuando por su nombre, hasta que acabaron de tocar; entonces eché á correr hácia la casa para echarme en brazos de mi madre, á la cual confesé todo lo que me pasaba. Mi madre se extrañó mucho, rió, me consoló, me llevó á acostar, me dió las buenas noches sonriéndose, y durante varios días, de cuando en cuando me miraba fijamente, me besaba y se echaba á reír. Al día siguiente se fué Vd. con su marido, y hasta ahora no he vuelto á verla. Hé ahí la historia de mi amor, señora.

Suspiré y proseguí:

—He esperado catorce años para podérsela contar. ¡Creo que no me acusará Vd. de precipitado! Ahora, si Vd. quiere saber por qué se la he contado, no sabría cómo responder. El hecho es, que siempre he tenido inmensos deseos de encontrarla, un día ú otro, para referírsela; y que satisfaciendo este mi deseo,

he experimentado una noble emoción, llena de respeto y de gratitud hacia Vd.

Al llegar á este punto, ella, que cada vez había ido prestando más atención, cubrió su cara, pero sonriente: luego murmuró con la voz algo conmovida y sonriendo ligeramente:

—En verdad que ha dicho cosas muy nobles y no puedo menos de mostrarle mi reconocimiento...

Quiso reír nuevamente, pero haciendo un verdadero esfuerzo, se cubrió otra vez la cara y así estuvo un instante.

Qué es lo que en aquellos momentos pensó, no lo sé.

O mi relato trajo á su memoria tiempos felices, en que esperaba mejor porvenir, y esto exacerbó el sentimiento de sus desengaños; ó pensando en los días en que sabía inspirar sentimientos tan ardientes, sufría la amargura de haber perdido su juventud y su belleza tan pronto; ó la representación de aquel amor juvenil tan franco y tan profundo le hizo sentir más el no haber sido amada por aquel á quien consagró toda su vida. El hecho es que cuando bajó su abanico, con gran sorpresa mía, tenía la cara llena de lágrimas.

—¡Señora!—le dije con emoción, cogiéndole una mano. ¿Qué es lo que veo?... ¡Hé avivado en su pecho algún sentimiento doloroso? Perdóneme... he sido un imprudente... jamás me lo perdonaré... Dispénseme, señora.

Ella hizo indicación de que no, que no tenía culpa ninguna; sonrió se enjugó las lágrimas con una mano, abandonando la otra entre las mias.

En aquel momento llegaba el tren á la estación donde yo debía bajar.

—Señora,—la dije en el acto de poner el pié en el estribo—concédame una gracia... permítame besar aquella mano que siempre dejaba fuera del palco.

Me la alargó, la besé tres veces, y levantando la cabeza ví en su ademán y en sus ojos una expresión de bondad tan hermosa, tan triste, tan resignada, mezclada con tanta dulzura y tanta gracia que me quedé un momento atónito sin poder separar la vista de ella, exclamando con todo mi corazón.

—¡Siempre sois hermosa!

—¡No es verdad!—respondió lánguidamente, sonriendo, y haciendo signos negativos con el abanico.

Yo me alejé, y volví la cabeza, haciendo con ella señal de que sí.

—No,—volvió á decirme con el abanico, y se retiró de la ventanilla.

Partió el tren, y en el mismo instante asomó por la ventanilla su mano, en igual forma, con el abanico colgando, en que solía dejarla apoyada sobre el antepecho de la platea.

¡No ví más su cara!

Seguí con la vista su mano.

Era un adiós—la imagen de su juventud y de mi adolescencia—era un lamento del pasado—era una

expresion de gratitud—era algo de infantil, de piadoso y triste—era como la mano de una muerta, que se hubiera incorporado un momento para saludar por última vez á la vida.—¡Adios! ¡Adios!—dije en el fondo de mi alma cuando desapareció ante mi vista.—Adios, sueño encantador, querida memoria mia! y quedé.

—Quedé como tú me encontraste cuando nos tropezamos en el vestíbulo de la estacion.



MODELO DE HABLADOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTEREY, MEXICO



ADA vez que lo he oido hablar, me he convencido de que soy un bárbaro y he vuelto á casa humillado.

No sé cómo habla en el Congreso ó en la cátedra; supongo que habla bien; pero no creo que la elocuencia política y la elocuencia didáctica, sean su verdadera elocuencia.

Es menester oirlo en la conversacion.

Aquí es verdaderamente admirable.

Ante todo, es preciso decir, para quien no lo ha visto nunca, que su persona, no solamente no perjudica, sino que, ántes por el contrario, ayuda á su peculiar manera de expresarse.

Se puede hacer el retrato en dos toques: gran cabellera sobre rostro delgado é irregular en el cual brillan dos ojos pequeños, llenos de ingenio; sonrisa

algo burlesca; gesto casi curialesco; voz dulce y flexible. Creo supérfluo decir que ha nacido en Toscana; pero es necesario añadir que es Senador y que hace algunos años cumplió los cincuenta.

Debe, pues, como dije arriba, oírsele en la conversacion.

Es un poco perezoso, tambien para hablar, y por esto no deja de ser difícil hacerle soltar la lengua, si no está de vena, ó si el asunto de la conversacion no lo atrae, siendo capaz de no abrir la boca en toda una noche. Peor, aún, cuando se apercibe de que se le quiere hacer hablar expresamente para deleite del auditorio. En este caso se muestra tímido y reservado como un niño.

Cierto día, una señora solicitada por curioso amigo, le puso delante un libro de poesías (porque lee admirablemente los versos), y le rogó repetidamente que leyese.

—Pero ¿cómo quiere V. que yo lea—respondió casi despechado—con todo este aparato? ¡Me pondría encarnado como la grana!

Y no hubo medio de que leyera una línea.

Es necesario, que él se interese mucho en una conversacion, casi sin advertirlo, que resbale y caiga en ella sin darse cuenta, que se encuentre ligado de improviso... y entonces... entonces, una vez tomada la palabra, los interlocutores callan poco á poco y se vuelven oyentes. Entonces él no tiene consciencia de que está en el escenario y el público puede estar segu-

ro de que gozará extraordinariamente; sin que salgan fallidas las esperanzas.

Sentado en un ángulo del salon, con los ojos medio cerrados, y la sonrisa en los labios, pasándose de vez en cuando, la mano por el pelo, después por la frente y luego por la barba, dice mil cosas agudas y bellas, con una gracia y una elegancia de forma, de acento, de entonacion imposible de explicar.

Habla despacio, y pesa las palabras, pero sin esfuerzo, diríase que las suelta, que las separa unas de otras, que siente y hace sentir en cada una de ellas nuevo valor, descubierto, ó más bien dado por él, como se dá el busto á las monedas.

Algunas veces, hace esperar la frase, se comprende que la busca y que se le escapa; pero la coje siempre, y constantemente es la propia, la necesaria, la adecuada, aquella que se esperaba. A veces se creería que ha terminado la expresion de sus sentimientos, y no es así; añade aún un adjetivo, un adverbio, un monosílabo, que hace siempre el efecto del último toque del atrevido pintor. Diríase que busca la dificultad por gozar en el placer de vencerla. No gira jamás al rededor de su propio pensamiento. Ahonda dentro de sí, saca todo fuera, lo hace comprender todo; colora, bruñe, orla, pule, se entretiene de mil modos con su lengua; toca con destreza maravillosa asuntos enteramente distintos, se divierte en acariciar ora uno, ora otro, produce mil sorpresas con la frase y con las inflexiones de la voz; y de cual-

quier cosa que charla, sea de filosofía, sea de negocios, sea de literatura, sea de bagatelas, con la misma claridad, con idéntico colorido siempre caliente y brillante de lenguaje, que seduce por igual á hombres, señoras y niños.

—Aquí debían estar—pensaba yo cuando lo oía hablar,—los que dicen que *escribir como se habla es la sabiduría de los ignorantes*. Ellos defenderían acaso que este señor, por lo mismo que habla bien, escribirá mejor sin duda. Mejor, sí, es decir, con más orden, con más sobriedad, con conexión más estrecha entre los pensamientos, entre período y período; mejor, en suma, *pero no de un modo distinto*. O lo que es lo mismo, no emplea al escribir ni una frase ni una palabra que no usaría hablando, y escribe sin embargo con tal elegancia y tal nobleza de estilo y de lenguaje que encanta su dicción.

Puede aprender de memoria lo que escribe y repetirlo en la conversacion, sin que nadie advierta que fué ántes escrito. Leyendo su prosa, parece que se le oye hablar; á él—nótese bien,—á él, oculto detrás de una cortina ó con el anillo mitológico de Gijes en el dedo (1); y no otro personaje que no se sabe quién es, un personaje falso, un tercero ficticio, que se in-

(1) Gijes, pastor de Lidia que habiendo caído en un pozo y encontrado allí un caballo de bronce, lo abrió y halló dentro cierto esqueleto en uno de cuyos dedos vió un anillo del cual se apoderó. Este anillo poseía la virtud de hacer invisible al que lo po-

roduce entre el autor y el lector, un burion que se avergonzaría de hablar como escribe, y se avergüenza de escribir como habla; un vanidoso poseído de sí, un literato hipócrita, un jefe de chusma vocinglera.

Escribir como se habla, quiere decir, escribir como quisiéramos saber hablar; observar al escribir las mismas leyes que nos esforzamos (y no siempre conseguimos, porque nos falta tiempo para reflexionar), en observar hablando; no estampar en el papel ninguna frase, ninguna palabra, ninguna trasposicion, que, empleada hablando en un círculo de personas educadas, cultas y enemigas de toda afectacion y de toda caricatura, hiciera arquear las cejas, ó provocar carcajadas, ó echar sobre el que habla el calificativo de pedante, pretencioso ó tonto.

Con este principio, que era el de Manzoni, si se examinan nueve libros, de diez, italianos, (y yo me cuento entre los autores de los primeros)—me duele tener que decirlo—se encuentra, á cada instante, una frase, una palabra, una elocucion, una inflexion de períodos, una cosa en suma artificial, que carece de razon de ser, que no debía haber sido *escrita* porque no puede *decirse*, que nos haría enrojecer si se nos escapase hablando con una señora, y que constituye una elegancia de cuartel, como diría Man-

seña. Se lo colocó el pastor en su diestra, y sin ser visto penetró en el palacio, asesinó al esposo de la reina, y se apoderó del trono. (N. del T.)

zoni, una arruga del estilo, una afectación de la lengua.

Y con esto se explica cómo á Manzoni no acabó de agradarle ningun prosista italiano. Buscaba su ideal y no lo encontraba. Leía alargando la oreja, y no oía hablar, *oía leer una cosa escrita*. Decía del mismo Nicolini, *que hablaba mejor que escribía*. En sus meditaciones tranquilas y profundas sobre el arte de escribir, no había hallado ninguna razon buena, con la cual se pudiese justificar una diferencia entre el lenguaje hablado y el escrito, *sobre cualquier materia que se escriba*, puesto que en el diálogo sobre el *Fingimiento*, escribe cosas elevadísimas y estupendas de filosofía y de moral, sin apartarse del lenguaje, de la forma, del tono de una conversacion familiar. Y si alguna vez, en aquel y en otros escritos, se ha apartado, se ha acordado despues y ha cambiado, y si no mudó, conoció que debió hacerlo. Y no es necesario haberlo conocido íntimamente para poder decir que sabía Manzoni perfectamente que no había logrado escribir en todo y por todo como quiso, encarnando mejor y cada vez más sus principios, hasta dar un ejemplo extrictamente conforme con sus teorías.

Así piensa el modelo de *hablador* de quien me ocupo, el cual, si escribiese libros, sería indefectiblemente el más poderoso defensor de la teoría *manzoniana*, como es hablando el más admirable maestro de conversacion que he conocido.

Y lo tengo, en efecto, por tal maestro; y cuando viene á la punta de mi pluma una expresion, ó una palabra ó un giro sospechoso en la cláusula, cierro los ojos, me imagino que él habla, introduzco en su discurso aquella palabra ó aquella expresion, y si no la oigo disonante, la escribo, en la seguridad de que no me equivoco; y si disuena de su estilo y de su gusto, la destierro de mi reino.

Tal vez, si él leyese estas páginas diría ¡que mi reino está poblado de bribones, y me aconsejaría desterrarlos á todos!

Y entonces... ¡adios libros!...

Tenga paciencia, querido maestro; déjeme un poco de tiempo, y le aseguro que se hará justicia, y "la fuerza se someterá á la ley."

